

# TESTAMENTO 1941 Y CARTA A ANDRÉ MEYER, 1942

---

Marc Bloch

Fui alumno de Marc Bloch (1886-1944) en la Universidad de Estrasburgo de 1934 a 1935, luego en la Sorbona. En la Universidad de Estrasburgo, por la cual pasaban entonces los grandes profesores antes de terminar su carrera en París, Marc Bloch era el historiador más eminente, desde la aparición, en 1931, de su primera obra maestra *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. Para los estudiantes de historia, éste era “el libro” por excelencia.

Marc Bloch era un maestro fascinante, pero exigente a la hora del examen, lo que nos parecía muy natural. No perdonaba una falta de gramática, tampoco de ortografía.

Cuando en el otoño de 1940 los docentes judíos fueron dados de baja por el gobierno de Vichy, se hizo una excepción con algunos pocos, entre los cuales estaba Marc Bloch, en consideración a su conducta heroica durante la primera guerra mundial, que le había valido la Legión de Honor y cinco menciones por hechos de guerra. Entonces fue nombrado profesor en la Universidad de Montpellier, donde entré en contacto con él.

Es de sobra conocido que en noviembre de 1943, cuando los alemanes ocuparon el sur de Francia (la “zona libre”) Marc Bloch entró en la clandestinidad y tomó, como resistente, el nombre de Narbonne (ciudad vecina a Montpellier). Arrestado en Lyon, fue torturado y fusilado el 15 de julio de 1944.

Marc Bloch acabó como un héroe de Plutarco. Supo unir al historiador el ciudadano y el sabio al francés, como lo confirma su testamento

*André Meyer*<sup>1</sup>  
(1913-2000)

Cualquiera sea el lugar de mi muerte, en Francia o en tierra extranjera, cualquiera sea su momento, dejo a mi amada mujer o, en su ausencia, a mis hijos, el arreglo de mi entierro así como lo estimarán conveniente. Deberá ser un entierro puramente civil: los míos saben muy bien que jamás lo hubiera querido de otro modo. Pero deseo que, llegado ese día —sea en la casa fúnebre, sea en el cementerio— un amigo acepte dar lectura a estas pocas palabras:

No he pedido que sobre mi tumba se rezara las oraciones hebraicas cuyas cadencias, sin embargo, acompañaron hacia su último descanso a tantos antepasados míos y a mi padre mismo. A lo largo de mi vida me he esforzado, con todas mis posibilidades, en lograr una sinceridad total tanto en la expresión como en el espíritu. Estimo que la complacencia hacia la mentira, cualquier sea el pretexto con el cual intente adornarse, es la peor lepra del alma. Como hiciera alguien mucho más grande que yo, me gustaría que, como única inscripción, se grabase sobre mi lápida estas sencillas palabras: *Dilexit veritatem*.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> André Meyer, nació en 1913 en Estrasburgo. Era, en aquel entonces, profesor de historia y geografía en el liceo (secundaria y preparatoria) de Niza. Aunque joven, tenía una antigua relación con Marc Bloch, que había sido su profesor. Marc Bloch le dirigió más tarde su tesina de historia agraria sobre Otterswiller, pueblo cercano a Saverna, cuna de la familia Meyer. André Meyer tuvo apenas tiempo de empezar a enseñar en el liceo de Mulhouse cuando fue movilizadado. Empezaba la segunda guerra mundial. Teniente de infantería, fue herido y cayó preso en las últimas horas que precedieron al fatal armisticio de junio de 1940. Pasó unos meses en un campo de prisioneros de guerra. Para la navidad de 1940 los alemanes lo soltaron por ser alsaciano. Sin que firmara ningún tratado, sin que se mencionara el hecho, el Tercer Reich se reanexó de hecho los territorios franceses que se había anexado de 1871 a 1918, o sea Alsacia y parte de Lorena. André Meyer fue liberado, pues, en calidad de ciudadano alemán, calidad que ni él, ni su familia, ni la inmensa mayoría de los alsacianos jamás reconocieron. Eso explica la cuarta frase de Marc Bloch.

Vale la pena hacer notar el momento en que fue redactada la carta: en enero de 1942 las fuerzas del Eje Roma-Berlín-Tokio parecían invencibles. Estaban en su apogeo. Los japoneses, después del golpe relámpago sobre Pearl Harbor, conquistaban todo el Pacífico. En el frente ruso y en África del Norte los ejércitos alemanes lograban su máximo avance. Sin embargo, ni Marc Bloch ni André Meyer dudaron un solo instante en la victoria final.

Precisamente por eso André Meyer, después de su liberación, no se quedó en Alsacia más que el tiempo necesario para saludar a sus padres y a su futura suegra. Luego, como escribe Marc Bloch, “se evadió”. Con varios alsacianos que se encontraban en la misma situación, cruzó clandestinamente las fronteras militarizadas por el Reich, las cuales separaban, primero Alsacia del resto de Francia, luego la zona norte de Francia ocupada por el Reich, de la zona sur, llamada libre, que no fue ocupada sino hasta el desembarco de los aliados en África del Norte, en noviembre de 1942. Consiguió una plaza de maestro en Niza, lo más lejos posible de Alemania.

<sup>2</sup> Quiso la verdad con pasión

Me sería imposible admitir que a la hora de la suprema despedida, cuando todo hombre tiene el deber de resumirse a sí mismo, se hiciera cualquier llamado, en mi nombre, a las efusiones de una ortodoxia cuyo credo no reconozco.

Pero me sería más odioso aún que en ese acto de probidad alguien pudiese ver algo parecido a una cobarde negación. Por lo tanto, frente a la muerte, y si es necesario, afirmo que nací judío; que nunca se me ocurrió negarlo ni he encontrado motivo para sentir la tentación de hacerlo. En un mundo asaltado por la barbarie más atroz, la generosa tradición de los profetas hebreos que el cristianismo, en lo que tiene de más puro, retomó para ampliarla, ¿acaso no se mantiene como una de nuestras mejores razones para vivir, creer y luchar?

Alejado de todo formalismo confesional, así como de toda solidaridad supuestamente racial, me sentí, durante toda mi vida, antes que todo y muy sencillamente, francés. Arraigado a mi patria por una tradición familiar ya larga, nutrido de su herencia espiritual y de su historia, incapaz, en verdad, de concebir otra patria en la cual pudiese respirar a gusto, la he querido mucho y servido con todas mis fuerzas. Nunca sentí que mi calidad de judío fuese el menor obstáculo a estos sentimientos. A lo largo de dos guerras, no me ha sido dado morir por Francia. A lo menos puedo, con toda sinceridad, darme ese testimonio de que muero, como he vivido, buen francés.

Después se dará lectura —en caso de que se pudiera conseguir su texto— de mis cinco citas.

M. André Meyer  
Professeur au Lycée  
Nice

Montpellier, 5 Rue Sainte Croix  
A 18 de enero de 1942<sup>3</sup>

Mi querido amigo:

Con felicidad recibí noticias de usted. Desde que la guerra verdadera sucedió a la “guerra en broma”,<sup>4</sup> le había perdido la pista, aunque haya sabido, en Clermont,<sup>5</sup> algo acerca de su evasión. Permítame, antes que todo, felicitarlo por su dicha. El optimismo, mejor dicho, la confianza de todos los alsacianos es admirable. ¡Cuánta razón tiene usted al participar y asociar a ella, por adelantado, el destino del pequeño ser que ustedes esperan!<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> Para entonces Marc Bloch se encontraba lejos de su Sorbona, en Montpellier, en zona libre. París permanecía ocupado por los alemanes y Marc Bloch en su calidad de judío (tranquilamente agnóstico y totalmente integrado a Francia, como otro historiador famoso por sus libros de texto, Jules Isaac) había visto con tristeza y rabia cómo el gobierno francés de Vichy —así llamado porque el mariscal Pétain se había instalado en esa ciudad de balnearios, en el centro de Francia— se anticipaba a los deseos de los nazis y manifestaba un gran celo antisemita.

En 1940 dicho gobierno promulgó un estatuto para los judíos, monumento de vergüenza, que los alemanes no le habían pedido. El estatuto excluyó a los judíos franceses de la comunidad nacional y, para empezar, de todos los empleos públicos: administración, ejército, educación, etcétera. Con Marc Bloch el gobierno hizo una excepción porque era un glorioso veterano de la primera guerra mundial, pero como escribió en otra ocasión Marc Bloch a André Meyer: “Como mis hijos no nacieron con la Legión de Honor no tienen porvenir en la administración ni en la universidad francesa”.

Marc Bloch salió de París porque sabía lo que venía. No lo sorprendieron las redadas franco-nazis del verano de 1942 que enviaron a miles de judíos parisinos a la muerte en los campos de concentración; consiguió trabajo en la Universidad de Montpellier, en calidad de “judío patriota”. Tomó contacto con la resistencia y tan pronto como los alemanes invadieron lo que había sido la “zona libre” pasó a la clandestinidad. El lector ha de saber que fue arrestado en 1944 por la Gestapo y fusilado en el fuerte de Montluc, en Lyon, cuando el desembarco aliado en Normandía preparaba la pronta liberación de Francia.

<sup>4</sup> “La guerra de broma”, “la drôle de guerre” en francés, va de septiembre de 1939 a mayo de 1940. No pasó casi nada en el frente occidental. Alemania y la URSS acabaron con Polonia en unas semanas, luego el Reich se detuvo prudentemente y se preparó para la etapa siguiente. Ingleses y franceses se quedaron sin saber qué hacer. En mayo de 1940 el ejército alemán desató la guerra-relámpago que fulminó a Francia en 40 días.

<sup>5</sup> La ciudad de Clermont-Ferrand, en el centro de Francia, a la cual se había trasladado con estudiantes y profesores la Universidad de Estrasburgo.

<sup>6</sup> André Meyer se casó el 15 de abril de 1941, en Niza, con Anne-Marie Barth, joven alsaciana, maestra de alemán, que en junio de 1940, al igual que millones de franceses, se había lanzado a las carreteras, huyendo del avance alemán. Su primer hijo iba a nacer 20 días después de que escribiera esta carta a Marc Bloch. Efectivamente, ni ellos ni Marc Bloch dudaron nunca de la derrota final de los nazis.

Mis aventuras bélicas fueron menos pintorescas que las suyas. Sin embargo no les faltaron del todo colores. Del 10 al 30 de mayo (1940) tuve que vagabundear de un puesto de mando a otro, obsesionado por la preocupación de repartir gasolina y diesel a los tanques, tractores y camiones de un ejército cada día más zarandeado; me entregué también a la tarea de dar las órdenes de incendiar todos los depósitos abandonados. Luego, después de haber hecho ponchar debidamente las llantas de las pipas pude, con la mayor parte del Estado Mayor, alcanzar la costa. Un hermoso atardecer de primavera embarqué en Dunkerque<sup>7</sup> (éste no era tan hermoso como el atardecer); dos días después me encontré en Cherbourg, vía Inglaterra. Por fin, después de peripecias interminables, me encontré en Rennes, el mismo día de la entrada de la columna alemana, sin que tuviera que disparar. Me vestí de civil y aparté un cuarto en el hotel bajo el nombre de “Sr. Marc Bloch, profesor de la Sorbona”.

Quince días después las comunicaciones quedaron restablecidas, de modo que pude pasar por Nantes, Angers, y finalmente llegué a la Creuse, en donde estaban los míos. Unos sufrieron bombardeos en Gueret; mi esposa, uno de mis hijos y mi madre, que habían sido rescatados en auto, anduvieron sin rumbo unos diez días al sur del río Loire, durante y después de la batalla; por fin llegaron a Gueret después que yo. ¡Pequeña historia de una familia francesa normalmente muy tranquila! Adivinará usted cómo todos nosotros, a lo largo de esa temporada, acumulamos muchas experiencias aleccionadoras, especialmente yo con mi trabajo en el Estado Mayor del Ejército. Aún no llega el momento de ponerlas por escrito.<sup>8</sup>

Acá estoy ocupado con la docencia, que es bastante pesada (un tema de la Edad Media para la “agregación”,<sup>9</sup> algo que conocía mal; sobre todo una clase de historia económica de Francia en el siglo XIX, que había dado en París en forma muy parcial y que no es sencillo armar.) No tengo a la mano mis libros, muy amenazados, según me acababan de decir, en París, en donde quedaron.<sup>10</sup> Como todo el mundo, estoy mal instalado.

---

<sup>7</sup> Le tocó a Marc Bloch participar en este milagro. El ejército británico y algunos elementos franceses, copados en las playas de Dunkerque, sobre el Mar del Norte, pudieron embarcarse hacia Inglaterra, gracias a un cálculo político-estratégico que le falló a Hitler: no golpear demasiado a Inglaterra para firmar rápidamente la paz.

<sup>8</sup> Marc Bloch escribió después *L'étrange défaite*, análisis lúcido e implacable de las causas de un derrumbe militar, político y psicológico.

<sup>9</sup> La “agregación”, concurso muy difícil en aquel entonces, que reclutaba a la élite de los profesores de liceos.

<sup>10</sup> Marc Bloch tenía razón de preocuparse. Su biblioteca fue saqueada por la Gestapo.

Hasta ahora casi no he trabajado en lo mío. Los *Annales* salen de nuevo, con las modificaciones externas que Ud. adivina.<sup>11</sup>

Mi sobrino Marc Weill está en Lyon, en donde encontró un pequeño empleo y prepara un examen de contador público. Brunschwig es, por desgracia, prisionero de guerra. Recibí noticias suyas al principio, pero desde la instauración del sistema de formas y tarjetas, imposible corresponder con él, imposible mandarle los suplementos de los cuales, parece, está muy necesitado.<sup>12</sup>

Sobra decirle que mis preocupaciones personales están, ante todo, dirigidas al porvenir de mis hijos. Especialmente, de mis hijos mayores: uno es estudiante de 2º año de derecho, el otro (¡que soñó, toda la vida, con la Escuela Colonial!)<sup>13</sup> está en el último año de Bachillerato. Pero esta es mi pequeña huerta individual, de la cual sería imposible olvidarse; sin embargo, no es más que una pequeña huerta. Mis más altas preocupaciones se encuentran en otra parte. Son las mismas que las suyas; e idénticas, igualmente, nuestras esperanzas. ¿Tendré que decirle que es menos el digamos, mañana (un mañana imaginado en la luz que adivina usted) que el pasado mañana que me preocupa? Es difícil para un viejo historiador vivir en el tiempo inmediato.

Muy cordialmente suyo, mi querido amigo,<sup>14</sup>

Marc Bloch

P. D. Desde luego espero que usted no abandone la idea de un trabajo personal. No tarde demasiado en pensarlo en serio. 

---

<sup>11</sup> La famosa revista *Annales* había sido fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre. Para que siguiera publicándose después de 1940 ¡Lucien Febvre tuvo que hacer desaparecer el nombre del “judío”!

<sup>12</sup> Los prisioneros de guerra podían escribir a sus familias, según la convención de Ginebra, pero a través de un sistema de tarjetas impresas. Se podía solamente poner “sí” o “no” o tachar lo que no correspondía. Por ejemplo, Salud: buena() mala() normal(). Los “suplementos” eran paquetes de alimentos, tabaco, ropa, previstos por la convención de Ginebra, pero sometidos al arbitrio de cada comandante de campo. Marc Weil, sobrino de Marc Bloch, había sido compañero de liceo y amigo de André Meyer. Henri Brunschwig, profesor y oficial de reserva, como André Meyer, fue prisionero de guerra, pero como el ejército alemán no practicaba la discriminación racial, a diferencia del Reich, Brunschwig no fue eliminado como judío. Después de la guerra hizo su tesis sobre la historia de Alemania, luego se dedicó a la historia del imperio colonial francés. Murió recientemente, con más de 80 años.

<sup>13</sup> Los hijos de Marc Bloch quedaron excluidos de la universidad por ser judíos. Mucho menos podían pretender entrar en la administración.

<sup>14</sup> Hay que destacar la despedida. Marc Bloch no ponía ninguna barrera psicológica ni moral entre el maestro y el estudiante.